

g+

GERARDO ARENAS

La llamaré Nati Nul, para que tanto este nombre de fantasía como las iniciales del mismo mantengan en el anonimato el otro nombre de fantasía con quien alguien mantiene su anonimato para presentarse en una red social que conozco hace poco tiempo. Mi nuevo celular tenía un ícono desconocido (g+), la curiosidad me llevó a pulsarlo, y allí apareció la fotografía de Nati Nul, una mujer de más de cuarenta años, no favorecida por la naturaleza. En verdad, aparecieron seis *selfies* (que retrataban su rostro serio y su generoso escote) encabezadas por dos frases escritas en la madrugada: “Estoy sola y hoy me tocó quedarme en casa. ¿Alguien quiere acompañarme?”. Una de las fotos la mostraba no tan seria, con los labios estirados como para enviar un beso. Debajo, un botón decía +547 y otro tenía una flecha seguida del número 15. Descubrí que equivalían, respectivamente, a la cantidad de “me gusta” y de “compartir” del Facebook. La única diferencia con esta red social era que Nati Nul no es alguien a quien yo conozca, pese a lo cual sus fotos y sus palabras estaban allí, en mi

“muro”. Sus frases y *selfies* están dirigidas a cualquiera, deduje. Es decir que 547 personas, conocidas o no por ella, habían hecho el clic que, con un gesto, le hacía saber que sus palabras o sus fotografías o ambas cosas eran de su agrado, y 15 habían colaborado en difundirlas.

A continuación, venían 149 comentarios. Realizados entre la publicación hecha por Nati Nul y la hora en que di con ella, significaban una media de un comentario cada dos minutos. Todos eran más breves que un tweet, y se repartían en pocas categorías. Unos respondían a las fotos con algún elogio o con una denostación. Otros, en cambio, respondían sobre todo a las palabras, y ofrecían compañía sin decir más, o bien agregaban un número de WhatsApp. Algunos parecían responder al conjunto, asignándole un valor de insinuación erótica y respondiendo en ese tono. Por la índole de las respuestas, una sola persona parecía conocer a Nati Nul. La llamaré “su amiga”. Esta era también, como diría John MacDonald, la única mujer en el juego.

Nadie recibió respuesta. O, para ser más exactos, todos aquellos que recibieron respuesta recibieron la misma respuesta: un palote. En efecto, las primeras decenas de mensajes aparecían, sin excepción, rubricadas con un +1 (el palote de decir “me gusta”) colocado por ella misma. Tal vez luego Nati Nul se haya ido a dormir, ya que no había más palotes a partir de cierta hora.

Esta serie de palotes fue lo que más llamó mi atención. Con ellos daba a entender que le gustaban los elogios y las denostaciones, las ofertas de compañía y las propuestas sexuales, e incluso las palabras de “su amiga”, o bien *algo que todas estas cosas tengan en común*. La interrupción de la serie de palotes (respuesta única para los más variados comentarios) se produjo más de una hora después de la publicación inicial. Es imposible saber si Nati Nul pasó esa hora frente a la pantalla —poniendo “me gusta” cuando,

cada dos minutos, llegaba un comentario— o si se fue y volvió —una o más veces— para leer y “palotear” todos los mensajes recibidos en el ínterin. Lo cierto es que allí estaba Nati Nul, con su desgraciado cuerpo de mujer y sus más de cuarenta años retratados en seis *selfies*, con su soledad, su pedido de que la acompañen y su beso arrojado cual botella al mar ciberespacial, con sus 547 “me gusta” y sus 15 “compartir”, con sus 149 elogios, denigraciones, ofertas de compañía y propuestas eróticas, provenientes de hombres (con una excepción) conocidos o desconocidos, a quienes ella invariablemente había respondido, durante un tiempo, “me gusta”.

¿Qué goce (o goces) puede proporcionar esta actividad? Nati Nul se toma una serie de fotografías y las expone a una mirada anónima y universal, junto a una declaración de soledad y un pedido de compañía. A cambio recibe palotes y mensajes, pero los mensajes no cuentan por su significado, sino como otros palotes. Estos le hacen saber que alguien ha visto sus *selfies* y tal vez haya leído sus palabras. Hay en ello un signo de presencia de la mirada del Otro, sin duda, aunque también una prueba de la propia existencia, diferente de la dada por Descartes. Como leí en un meme: *Selfie, luego existo*. O quizá sea una prueba de la existencia del Otro para el sujeto: *Like, luego existes*. El palote que responde a ese palote, por su parte, prueba al Otro que el sujeto existe... y el Otro también. En todos los casos, lo cierto es que se ha establecido un *lazo*. En verdad, se han producido cientos de lazos mínimos, fugaces, más o menos anónimos, con personas cualesquiera; lazos insignificantes, sí, pero *contables*. Aquí adquieren su verdadera estatura esa larga serie de +1, ese 547, ese 15, ese 149, números que compendian multitudes de Unos que pueden contarse, sumarse: uno más uno más uno. Como el goce que se plantea en Sade: *un golpe, un palote*. Aunque nadie acompañe su sueño, Nati Nul no está tan sola.

Sobre los goces que en ese tiempo haya podido extraer de todo esto, no podemos hacer más que conjeturas. Si se trata del goce vinculado a la mirada, este tiene la forma exhibicionista, de modo que a él se suma goce fálico. Que sea contable a la manera sadiana, lo confirma. ¿Hay acaso, además, un goce propio de esa prueba de existencia? No es improbable. Pero, sea cual sea el goce que esté en juego, y por pálido que el mismo pueda parecer, no hay duda de que depende de constatar la efectuación de un lazo.

Tal vez esto sea lo que otorga a este goce su carácter más marcadamente hipermoderno. Aunque los cuerpos no se encuentren, aunque la soledad asedie sin cesar, aunque el imperativo individualista empuje a todos a *hacer la suya*, un producto tecnológico (el celular con cámara y conexión a internet) permite a Nati Nul gozar que no todo lazo está perdido.